

2. COMUNICACIONES A LA QUINTA PONENCIA

EL HOMBRE-DIOS, HORIZONTE CONCRETO DE LA REFLEXION TEOLOGICA

INOS BIFFI

1. Hablando en abstracto, es posible definir la teología como una inteligencia de Dios y de la realidad que le es correlativa, en base a su revelación o Palabra y en base a las obras suscitadas por esta Palabra. Pero, en concreto, el objeto de la teología está fijado y, en cierto sentido, radicado en la Realidad histórica de Jesucristo.

Sin embargo, antes de desarrollar esta proposición, parece oportuno elaborar algunas categorías en orden al lenguaje empleado y su mejor entendimiento.

2. La posibilidad de alcanzar a Dios no puede sobrepasar dos condiciones, enmarcadas por estos dos polos: de un lado, la no-agotable revelabilidad de Dios o su inadecuación subjetivo-antropológica con que esa expresión es necesariamente asumida, tratándose del hombre. El horizonte teológico se configura necesariamente como horizonte teo-antropológico.

3. Pero con estas precisiones: no se trata de un «positivo» condicionamiento de Dios por parte del hombre, sino de la limitación del hombre para asumir a Dios. Los dos polos Dios-hombre, no se encuentran en el mismo plano: la iniciativa y la originalidad absoluta pertenecen a Dios, que se coloca siempre activa y críticamente frente al hombre.

Si Dios se revela al hombre, entonces Dios se da al hombre, pero sin que coincida con el puro «ser para el hombre»; y la proyección humana de Dios no es la afirmación de la cautividad divina en la dimensión humana, sino la del hombre «para Dios», objetivamente empujado hacia su conocimiento y hacia su deseo. Dios se manifiesta

en el lenguaje humano, pero «se» manifiesta y, por lo tanto, representa el valor supremo para el hombre, puesto que Dios es para él. Dios se revela al hombre en una insondable distinción entre el «en sí» y el «para nosotros». No es ésta, sin embargo, inevitable ruptura del yo divino, que haría entrar a Dios en el círculo de la utilidad del hombre. Y el hombre, cuando habla de Dios, no puede hacerlo más que «como hombre», puesto que no puede hablar de ello como Dios; pero el hombre se comprende en Dios, puesto que Dios da, a su vez y en primer lugar, la verdadera comprensión del hombre.

4. Si se discutiese o se contestase esta «desfasada» polaridad, se seguirían las siguientes consecuencias. La polaridad se resolvería en una identificación, que nos daría una pura teología antropológica donde —si se puede decir así—, Dios desaparecería, quedaría reducido a signo del hombre, más aún, a hombre. Es la no-teología de la muerte de Dios. En el fondo, Dios quedaría reducido, no a revelarse a sí mismo, sino a revelar al hombre y a coincidir con él, a ser reducido a él. No queremos detenernos ahora a probar la inconsistencia metafísica de este camino.

Desentrañar la polaridad en el sentido de la contraposición, llevaría de una parte a un agnosticismo teológico; y, de otra, a una antropología a-tea, sin relación alguna al otro; a un absoluto silencio de Dios y a una ilusoria locuacidad teológica del hombre, salvo que el hombre mismo se redujese al silencio, pues sería la muerte de la teología, ya que Dios no puede hablar porque no puede hacerse entender; y sería la muerte de la antropología, que se reduciría a hablar de sí misma, pero sin «razón» o fundamento.

5. Es oportuno redescubrir la variedad de las formas de ateísmo y de sus raíces:

- a. ateísmo: como ausencia de Dios por ser humanamente inefable.
- b. ateísmo, como reducción de Dios al hombre por la suplantación que el hombre hace de él.

Es decir: un a-teísmo «teológico» y un a-teísmo antropológico. Teniendo presente que el primer ateísmo engendra la ausencia de Dios o una arbitrariedad teológica del hombre, el segundo no es otra cosa que la intromisión teológica, verdaderamente ilusoria, del hombre que quiere constituirse como principio de todo.

6. La vía lógica para salir de lo que no es en realidad un dilema, una falsa posición, consiste en definir la figura de la constitución originaria de la condescendencia de Dios respecto al hombre, querido en

su identidad: una condescendencia libre que es intrínseca a la creación misma del hombre. El hombre se encuentra a sí mismo al ser querido por Dios. Subrayamos, pues, dos aspectos: el hombre —en su misma identidad constitutiva— es querido por Dios, es decir, por la trascendencia, en cuanto absoluta independencia de Dios, que por otra parte está abierta y es concedida al hombre.

7. El hombre no puede hablar de Dios sino como hombre que ha sido querido para que hablase como *hombre*; pero es *Dios* quien le permite hablar de sí mismo como hombre y, por consiguiente, hablando de Dios como hombre, el hombre es consciente de que habla no de Aquel que está llamado a limitarse a sí mismo, sino de Aquél que está llamado —por ser El mismo— a confesarlo en su trascendencia y en su misterio.

Se trata de una teología antropológica, es más, de una antropología teológica. Ha de haber una teología antropológica, para que exista una antropología teológica.

8. Con las reflexiones precedentes hemos ofrecido una gramática o sintaxis del discurso teológico: un discurso verdadero, pero siempre abierto a la verificación o a la concreción que todavía no se nos ha configurado. De lo abstracto, o de lo inteligible, pasamos a lo concreto cuando antropología y teología antropológica se resuelven o mejor, se unifican, sin confundirse, en Jesucristo.

a. Jesucristo es el objeto concreto e inmediato de la teología.

b. Jesucristo es el sujeto originario que hace teología.

9. El Dios que se revela, que se da antropológicamente en una apertura de su trascendencia, que quiere al hombre y quiere ser hablado, conocido humanamente, es el Padre de Jesucristo. Hijo de Dios hecho hombre. La Palabra que Dios pronuncia humanamente es el Verbo hecho carne que, en su *ser* y sobre su *historia*, es la teología. El es toda la revelación, sin que haya espacio para ningún otro. El es la teología antropológica.

En Jesucristo, la humanidad llega a ser sustancialmente reveladora de Dios, porque en El la donación divina es absoluta. Entonces, hacer teología es hacer el discurso de Dios, la «enarratio» del Padre, que se da en Jesucristo, que es Jesucristo. Fuera de tal «enarratio» se camina hacia la abstracción.

10. Pero de otra parte, si Jesucristo es la teología antropológica, es por ser Hijo de Dios, es decir, por su relación absoluta al Padre. Y entonces, en Cristo, tenemos la antropología teológica, o sea, el hombre que discurre sobre Dios de la única manera competente, del modo

como un hombre puede hablar de Dios, siendo un hombre para Dios. En Cristo tenemos así la palabra de Dios por parte del *hombre que es Hijo de Dios* (que es el Verbo de Dios).

En Cristo se encuentra, pues, el horizonte de la teología, de su posibilidad, de su contenido y sus temas. Teólogo es quien asume la teología y la antropología que Cristo ha mantenido unidas; sabe que es Cristo el único a quien compete hablar de Dios, porque es Hijo de Dios; el único que puede hablar de ello como hombre, porque es la humanidad y más excelente; por eso de ello sin división, porque en El la unión entre la naturaleza de Dios y la del hombre es sustancial. No es rescatado, porque toda su humanidad es *de* Dios, al ser la humanidad propia del *Hijo de Dios*.

El teólogo es el que, para hablar de Dios, asume la humanidad de Cristo como palabra de Dios; y el que encuentra a Dios a través de ella. Jesucristo es el giro antropológico de la teología, porque es la revelación humana de Dios, el giro teológico del hombre.

11. Pero Jesucristo no es sólo el objeto de la teología, sino el sujeto, el que hace teología, el vínculo del objeto y el sujeto. Es Aquel en cuya «conciencia» humana emerge el Logos de Dios; Jesucristo es, pues, el ejercicio de la teología, y lo hace hablando como Hijo del Padre; lo hace viviendo humanamente la relación divina; y así, hablando Dios a lo humano, lo hace el hombre a lo divino.

El teólogo es aquel que no sólo toma como objeto a Jesucristo —en el sentido antes dicho—, sino que comparte la «conciencia» humana de Cristo al ponerse frente a Dios y, por consiguiente, frente al hombre; es aquel que llega a ser, con Jesucristo, discurso de Dios y, por tanto, del hombre. Nuestra teología continúa, o mejor, manifiesta la conciencia «humana» de Jesucristo.

12. Las estructuras de la teología como discurso humano de Dios y, por lo tanto, como discurso divino del hombre, se realizan mediante la activación de las propiedades y de las facultades trascendentes.

En el hombre que es Jesucristo la revelación o donación de Dios, es la revelación y donación de su Ser, de su Verdad, de su Bondad, «Unidad» («unum»)/Armonía) y Belleza; Jesucristo es objetivamente la Verdad, la Bondad, la Belleza y la Armonía de Dios; correlativamente, el hombre hace teología reconociendo la verdad de Dios, su ser término del deseo, su representabilidad estética, su ser «sentido» (significado, su lógica/armónica).

Jesucristo es el reconocimiento vivo y es, en su humanidad, el

ejercicio de la verdad de Dios, de su belleza, de la entrega a El, de la manifestación de la armonía de Dios (de su historia).

El teólogo es aquel que toma la Verdad, la Belleza de Dios, etc., en Cristo y, a la vez, el que comparte el ejercicio que Cristo hace, en la manifestación de su humanidad, de los trascendentales de Dios, y en el ejercicio que realiza para hacer la propia humanidad verdadera, buena, armónica, bella, porque Dios en Cristo es Verdad, Bondad, Armonía y Belleza.

CONCLUSIONES

1. Cuando la teología antropológica reconoce que, objetivamente, es antes una antropología teológica (es decir, el estudio de un ser puesto por un Dios precedente a él no recuperado), entonces la teología es posible.

2. Cuando la teología antropológica es el discurso humano de Dios hecho por el Hijo, es decir, en Cristo; y cuando por ello la antropología es teológica en el sentido de que es lo que el Hijo habla del Padre, entonces la teología no sólo es posible, sino también real. En Jesucristo —Hijo de Dios y verdadero hombre— se sitúa el horizonte y el contenido de la teología. Y esto no sólo de modo teórico, sino concreto. Es decir, el hombre-Dios, Cristo, es la teología.

